

8

ORACION FUNEBRE
PRONUNCIADA
EN LAS
SOLEMNES EXEQUIAS
QUE DEDICÓ
LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE SANTIAGO
Á LA MEMORIA
DE SUS FUNDADORES
el 19 de Julio de 1884

CONMEMORANDO
SU PRIMER CENTENARIO
POR EL SÓCIO DE NÚMERO
Dr. D. José M. Portal González

CANÓNIGO LECTORAL DE LA S. I. M., RECTOR
DEL SEMINARIO CENTRAL DE DICHA CIUDAD, PREDICADOR
DE S. M. ETC., ETC.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

SANTIAGO
Imp. del Seminario Conciliar Central
1884

THE
LIBRARY
OF THE
MUSEUM OF
COMPARATIVE ZOOLOGY
AND ANATOMY
HARVARD UNIVERSITY
CAMBRIDGE, MASSACHUSETTS
U.S.A.

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA

EN LAS

SOLEMNES EXEQUIAS

QUE DEDICÓ

LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE SANTIAGO

Á LA MEMORIA

DE SUS FUNDADORES

el 19 de Julio de 1884

CONMEMORANDO

SU PRIMER CENTENARIO

POR EL SÓCIO DE NÚMERO

Dr. D. José M. Portal Gonzalez

CANÓNICO LECTORAL DE LA S. I. M., RECTOR
DEL SEMINARIO CENTRAL DE DICHA CIUDAD, PREDICADOR
DE S. M. ETC., ETC.

.....
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA
.....

SANTIAGO
Imp. del Seminario Conciliar Central
1884





Sit memoria illorum in benedictione et ossa eorum pullulent de loco suo.

(Eccl. 56, 14).

EMMO. SEÑOR (1):

I.

Despues de los cantos fúnebres, sin concluir del todo las preces mortuorias, flotando aún el humo del incienso que acaba de arder en las aras de un Dios de paz y de misericordia, llega el turno al más indigno de sus ministros, y vedme aquí, pronto á ter-

(1) Oficiaba de Pontifical el Emmo. y Revmo. Sr. Cardinal Arzobispo de la Diócesis, Dr. D. Miguel Payá y Rico, sócio honorario de la Económica.

minar esta solemnidad religiosa, ocupando la atención del ilustrado público que llena las naves de este templo. ¡Y qué haré Gran Dios! para no defraudar sus esperanzas? ¿De qué modo, amados oyentes míos, podré satisfacer esa ansiedad, esa avidez de impresiones que revelan vuestras miradas? ¿Qué? ¿No os parecen bastante fuertes y conmovedoras las que nacen de las circunstancias, las que inspira todo este aparato en el que resaltan y dominan los trofeos de la muerte? ¿O es que su recuerdo se ha despojado para vosotros del aspecto cruel y terrorífico que le caracteriza? ¿O es que no os infunde espanto embotado ya el filo de su acerada cuchilla? ¡Ah! no os molesteis en contestarme. Al través de esas pupilas que con intuición magnética quieren sorprender mi pensamiento,

leo yo tambien en el fondo de vuestras almas. Ya sé que no temeis á la muerte. El miedo desdice del carácter, es indigno del corazon de un cristiano, y felizmente vivis en un pueblo que debe su ser y su nombre al espíritu del Cristianismo: pueblo cuya prosperidad y grandeza se mide siempre en la historia por la influencia y preponderancia de las doctrinas católicas: pueblo que siempre á sus glorias cívicas, asocia, como en la ocasion presente, los recuerdos y las prácticas religiosas. Triste es la muerte, no hay duda, para los que nada ven más allá del tiempo presente, porque en la estrechez y oscuridad de los sepúlcros, absorbe y confunde las ambiciones y el desprendimiento, los vicios y las virtudes; todas las grandezas y las miserias de la Humanidad.

Amarga su memoria los días del que tranquilo en brazos de los placeres y de las comodidades se ve sorprendido por su inesperada presencia (1). Constituye el precio del pecado, como dice el Apóstol de las gentes (2). Mas, á pesar de todo, si la consideramos con relacion al porvenir, ¡ah! entónces, la muerte es el bagel seguro que nos lleva á las floridas riberas de una eternidad venturosa; es el tranquilo sueño que trasforma nuestro modo de ser oscuro y miserable, en el lúcido y glorioso de los Angeles. Así es que las inteligencias iluminadas por la antorcha de la fé suelen considerarla como el suspirado término de una molesta jornada; por eso los corazones fatigados de los azares de la vida y soñan-

(1) Eccles. 41, 1.

(2) Rom. 6, 23.

do como el proscrito en las delicias de la patria celestial, exclaman ardentemente: «Muera yo con la muerte de los Justos y sean semejantes á las de ellos mis postrimerias» (1); y en verdad que es muy preciosa esta muerte á los ojos del Señor (2) y envidiable á los que moramos en el valle profundo de las miserias mundanas. ¡Oh! bendito sea el recuerdo de los que así mueren y reverdezcan sus huesos en el lugar en donde reposan! *Sit memoria illorum...* ¿No estais conformes con estas apreciaciones? Es indisputable, amados míos, y la prueba más concluyente la presentais vosotros mismos al congregaros hoy bajo las bóvedas de este grandioso templo.

(1) Num. 23, 10.

(2) Salm. 115, 15.

II.

¿A qué habeis venido? ¿A conmemorar acaso los grandes choques, las gigantescas convulsiones de la Humanidad que con el rudo empuje de los fuegos subterráneos han agitado al Orbe desde el Oriente al Occidente? ¿Venís á recordar las glorias de los hijos de Asúr ó las fortalezas inespugnables de Sesách? ¡Ah! no, porque sus ciudades están ya inhabitables y desiertas: nadie cultiva su tierra, ni pasa por ella hijo de hombre (1). ¿Obedecereis entónces las órdenes, cedereis á la influencia ó al prestigio del soberbio Monarca que en su corazon engreido, exclamaba: «Yo soy Dios y en la silla de Dios me sentaré en

(1) Jerem. 51, 43.

medio de la mar» (1), ó al del Príncipe necio que decia: «mio es el Nilo y yo me hice á mí mismo?» (2). Tampoco porque sus dias se consumaron en la vanidad y sus años desaparecieron precipitadamente (3). Así pasa la figura de este mundo (4) que la carne es como la yerba y su gloria como la flor del campo. El heno se seca; marchitase la flor (5) y todo se concluye. No son, no, amados míos, las glorias terrenales, no son ellas las que entre sus privilegios cuenten el de sobreponerse á la accion destructora del tiempo, y agrupar despues de una centuria al rededor de un modesto túmulo, ágentes de tan diversas condiciones: al seglar y al eclesiástico, al

(1) Ezeq. 28, 1.

(2) Ezeq. 29, 3.

(3) Salm. 77, 33.

(4) I Cor. 7, 31.

(5) Isai. 40, 6.

letrado y al campesino, al industrial y al obrero. Es otra la idea que se impone, otro el espíritu que anima á esta multitud piadosa. ¿Quereis saber el sentimiento que identifica caracteres tan distintos? Mirad: todo lo domina la Cruz de Jesucristo. No hay duda, pues vosotros venis á bendecir el recuerdo de los que mueren bajo su sombra, y á conmemorar las virtudes cristianas, á las que se debe que reverdezcan sus huesos en el lugar en donde reposan.

III.

Veamos si nó. Los festejos, que hoy animan á la ciudad predilecta del Hijo del Trueno, recuerdan un acontecimiento notable: la instalacion de la Sociedad Económica de Amigos del

Pais. Estos festejos inaugúranse, como veis, con oraciones y sufragios por los sócios difuntos y muy especialmente por los fundadores á quienes se debe el espíritu y tendencias de la asociacion. ¿Y podrá decirse de ellos que murieron bajo la sombra protectora de la Cruz y que la sociedad contiene un gérmen de virtudes cristianas? La contestacion es óbvia, amados míos. Si así no fuera ¿qué significaba mi presencia en esta sagrada tribuna? ¿Acaso vendría yo á disertar sobre el origen y objeto de las Sociedades Económicas, sobre su forma, estatutos y demás circunstancias que constituyen su historia? No: que este asunto no entra en mis planes y ageno sería además de un lugar tan respetable. Aquí no deben agitarse otras ideas que las íntimamente ligadas con el espíritu religioso, y si con tal

critério he de examinar la cuestion, conste tambien que se limitan á la localidad mis investigaciones. Reconozco desde luego que el objeto visible de estas sociedades es laudable y digno y cabe perfectamente dentro del círculo de la actividad cristiana. «Fomentar y perfeccionar la agricultura, las ciencias, las artes y cuanto directamente se dirige á la conservacion, alivio y conveniencia de la especie humana.» ¡Qué hermosos fines! se propone en estas palabras la Vascongada, nacida al calor de unas juntas de Azcoitia y primera que con el citado título se conoce en nuestra patria (1). Y, decid, ¿cuándo el Cristianismo dejó de patrocinar los adelantos útiles y el progreso bien entendido de

(1) Menendez Pelayo. Heterod. Esp., tom. 3.º, pág. 225.

la Humanidad? ¿Cuándo miró con indiferencia el malestar de los pueblos y no cooperó con toda eficacia al desenvolvimiento de sus legítimos intereses, á su prosperidad y bonanza? Lección sería afirmar lo contrario; desconocimiento de la Historia ó temeridad reprehensible presentar en oposición ideas que se hermanan y aspiraciones que se protegen mutuamente. Con la Cruz enhiesta y bajo sus favorables auspicios marcharon siempre los pueblos modernos á las grandes conquistas: es la Cruz por lo tanto, el emblema más significativo de una verdadera y sólida civilización. Nada descubrirá la ciencia en favor de la especie humana, nada engendrará el arte si tiene por objeto ennoblecerla, elevarla y atender á sus verdaderas conveniencias, que no tenga honrosa cabida y distinguido

puesto dentro del Catolicismo, religion que, conociendo á fondo las necesidades del individuo y de las naciones, cuenta con medios poderosos para satisfacerlas. Todo lo que en contrario se diga verase desmentido por los acontecimientos; cuantas teorías opuestas se inventen, por ingeniosas que ellas sean, caerán lastimosamente con el prestigio de sus autores. Pues nada importa que un sistema se revista de galas ajenas, ni sienta como axiomas principios extraños, porque las palabras fuera de las ideas que simbolizan y alejadas del centro de donde proceden, son como las plantas de los trópicos, que no pueden prosperar en los hielos del Norte. Vacías de sentido, giran sin rumbo determinado por los inmensos espacios de la inteligencia, á merced de cuantos vien-

tos las agiten, sirviendo de juguete al soplo de todas las tempestades. Los individuos, pues, ó las asociaciones que buscan la dicha de los pueblos alejándolos de la influencia cristiana, pierden el tiempo y sacrifican su nombre al interés de un ciego fanatismo de secta. Así lo entendieron nuestros mayores que al sentar las bases de la Económica, tuvieron muy en cuenta las creencias religiosas para interesarlas vivamente en la prosperidad del país. Es indisputable, por lo mismo, que prescindiendo de las tendencias características de aquella época, esta Sociedad reconoce un origen y entraña un principio eminentemente cristiano, el de la caridad, bajo cuya bondadosa influencia se ha manifestado siempre como hoy, felizmente se manifiesta. Y en verdad que bien se necesitaba

de su auxilio para restañar la sangre que aún fluía por las no cicatrizadas heridas de nuestra patria.

IV.

Comprometida España en continuas aventuras desde la lucha de los treinta años hasta la de sucesion, veía entonces mermados sus dominios y quebrantadas sus fuerzas. ¿A qué molestarnos enumerando las muchas miserias que ha registrado ya la historia en sus páginas con letras de sangre? ¿Quereis que recorramos los campos incultos, mudas y silenciosas las ciudades para ver sin naves los puertos, empobrecido el comercio y cerrados los talleres? ¡Ah! no, que un espectáculo tan triste desgarraría vuestros corazones, aparte de que muy bien podeis suponerlo. To-

dos estos y aún mayores desastres lleva en pos de sí la guerra, azote terrible con que Dios abate el orgullo de las Naciones. Como el ciervo, pues, que huyendo del cazador busca jadeante el arroyo escondido en la espesura de los bosques, como el hijo del Desierto que bajo los rayos de un sol ardiente se esfuerza por llegar á las frescas sombras del Oasis, así nuestra pobre y querida Pátria, sedienta de reposo buscaba la paz que levantase un poco su ánimo decaído. Y el Dios de las misericordias debió compadecerse de sus lágrimas cuando al fin le concede algunos momentos de descanso bajo la dirección de un pacífico Monarca. Es cierto que no cuenta este con las preclaras dotes del genio, ni está cortado al gusto de ciertos pensadores, pero en cambio reúne otras condicio-

nes apreciables de carácter, y sobre todo posee la bondad de corazón y el deseo de acierto tan necesario á los que rigen los destinos de los pueblos. «Firme, pues, en el convencimiento de que su Monarquía necesitaba de reposo, supo cumplir las obligaciones de Rey y siempre digno sacar triunfante y fecunda en bienes la neutralidad española» (1). En sus días respira holgadamente la Patria sonriéndole las mas halagüeñas esperanzas: los canales y las vías de comunicacion ofrecen nuevos y dilatados horizontes al comercio y á la industria nacional, y despierta la agricultura de su sueño y mejora notablemente el estado de la Hacienda. ¡Cuán cierto es que todo florece y prospera al abrigo de la paz!

(1) Ferrer del Río, Historia de Carlos III, tomo 1.º, página 120.

Angel con alas de oro, envuelto en los cambiantes del Iris, y ostentando en sus manos la verde rama de olivo no se limita á velar por la prosperidad de los pueblos que, ó desconocen la ambicion, ó se resisten á sus peligrosos encantos: empújalos además suavemente por las sendas del progreso y sin violencias ni conmociones llega á colocarlos en la cumbre de la civilizacion. No en vano se ha dicho ¡qué hermosos son en la montaña los piés de los que anuncian y predicán la paz! (1). Mas, ¿por qué, ¡Dios mio! los inmediatos sucesores de Fernando VI no continuaron la obra de este buen Rey? ¿A qué se dejarían alucinar por sus Consejeros áulicos prohibiendo una política de exterminio que no era la de sus piadosos corazones? ¡Oh! respetemos los

(1) Is alas, 7, 7.

fallos de la Providencia que premia y castiga á los pueblos segun sus faltas ó virtudes cívicas. Estaba dado, sin embargo el empuje, trazada la senda, conocido el método de cicatrizar las heridas de la Patria que, necesitaba, como habeis visto, del bálsamo que suaviza y no del cauterio que mortifica cuando se crearon con este fin las Sociedades Económicas. ¿Qué hizo la Compostelana para no desmentir las esperanzas que en ella se habian fundado? Contempladla hoy en sus manifestaciones y os convencereis seguramente de que si tuvo contrariedades supo vencerlas merced al principio cristiano que entraña y al hecho de haberse identificado con el sentimiento religioso del país.

V.

¿Y cómo podría ser de otro modo? Acaso la esclarecida Patria de los Mozozos y de los Gelmirez, la que rechazó á los Paganos del Norte, y tan pronto se repuso de los desastres causados por Almanzor consentiría en su seno instituciones que no fuesen reconocidamente cristianas? ¡Imposible! Inclinará al suelo su frente abatida por la desgracia, llorará en silencio sus perdidas grandezas, es cierto, mas nunca sentirá la falta de la fé religiosa que descansa inalterable en el venerando sepulcro del hijo del Zebedeo. Por eso los fundadores de la Sociedad Económica aparecen sinceramente católicos. Preguntádselo si nó al Cabildo Metropolitano en cuyo seno vivieron ilustrando su nombre con virtudes insig-

nes: que os lo digan las aulas de esta Universidad en donde resonaron los mágicos acentos de su voz, ilustrando las inteligencias con las enseñanzas más puras, y formando el corazón de la juventud estudiosa con los sanos ejemplos de una vida irreprochable y santa: que os lo cuenten, por último, las instituciones benéficas de las que eran decidido apoyo y sostén inquebrantable. ¿Quién no conoce en nuestra amada Galicia el nombre de aquel modesto sabio (1) que debía ilustrar cada vez más el episcopado gallego si la muerte no segara en flor sus levantados propósitos? ¿Quién ignora el triste desconsuelo de la Diócesis de Lugo, al verse privada inesperadamen-

(1) D. Antonio Páramo Somoza, Cardenal de esta S. I. C., Rector de la Universidad, Administrador del gran Hospital y Obispo electo y confirmado de Lugo, de cuya Diócesis era natural. La Sociedad Económica celebró solemnes exequias á su fallecimiento.

te del Pastor en quien había fundado sus esperanzas? Pues tal es el personaje que preside la sesión inaugural de esta Económica y el que pone, por decirlo así, la primera piedra del edificio cuyos materiales había acopiado con otros no ménos distinguidos varones. ¿Y cómo olvidar entre estos al que á semejanza de Páramo ilustró el púlpito, las letras pátrias, las ciencias económicas y las históricas? (1) ¿Cómo no recordarnos en este momento de su bondadoso corazón y de esa inagotable caridad que tan alto proclaman los derruidos muros del Hospicio viejo, la Biblioteca del Consulado de la Coru-

(1) D. Pedro Antonio Sanchez, Fiscal y Juez eclesiástico de esta Diócesis, Catedrático de la Universidad y Canónigo de esta S. I. M., publicó varios escritos notables, algunos de los cuales se han coleccionado y editado en Madrid, imprenta de Minuesa, 1858. Era socio honorario de la Económica Matritense y á él se deben tres reales pragmáticas de Carlos III y Carlos IV muy interesantes para el bien de Galicia: pronunció el elogio fúnebre del Sr. Páramo.

ña y todas las mejoras que por aquel tiempo experimentó nuestra ciudad en los diversos ramos de la industria, de la agricultura y de las mismas ciencias morales? ¿Sabeis de quién hablo? ¡Ah! no es preciso deciros su nombre, porque de un modo imperecedero se encuentra grabado en vuestros corazones y en los de cuantos se interesen por el bien de la Sociedad Económica y conozcan algo su historia. Ved ahí los adalides que se ponen al frente de su misión providencial y bienhechora. ¿Quién se atreverá á dudar de ellos?

VI.

Es evidente, amados míos, que se necesita la fé, mucha fé para iniciar las grandes empresas: pero comprendéis desde luego que ella sola no basta

y que los hechos deben hallarse en consonancia con las creencias si hemos de llevarlas á cabo. A pesar de una teoría tan clara, abundan siempre los que con galanos proyectos se interesen por la felicidad de los pueblos y procuren en elocuentes discursos la ilustracion de las masas y hasta acuden con sus consejos al auxilio de las clases menesterosas, pero son muy contados los que sacrifican algunos intereses materiales para la realizacion de fines tan bellos y humanitarios. Sus palabras, por lo mismo, siquiera sean muy armoniosas, se pierden entre el ruido de los aplausos sin producir otro efecto que recrear el oido y satisfacer el buen gusto de los oyentes. Y es que la fé sin obras se parece á la flor sin perfume, es el sol que no alumbra, el fuego que no calienta; está muerta esa

fé, como dice el Apóstol Santiago (1) y lleva consigo la triste condicion de los cadáveres que repelen y alejan á los vivos de su presencia. Penetrados de esta verdad los fundadores de la Económica no se limitan á deplorar en sonoros períodos la pobreza de nuestras aldeas, la mísera condicion de sus habitantes, la barbarie y los vicios de los que abusando de la limosna cristiana, no reconocen otra ocupacion que la vagancia y la holgazanería: emplean además sus intereses en útiles reformas. Saben que por el trabajo se va á la honradez y que una ilustracion bien dirigida es el medio más oportuno de hacer llevadera y hasta amable la ley del trabajo; deseando, pues, ciudadanos honrados, quieren hacerlos trabajadores, y con las doctrinas

(1) Jacob. III, 17.

católicas y uniendo á los dichos los hechos, despiertan en sus inteligencias la idea y fomentan en sus corazones el amor de la virtud. Páramo hace donación á la Sociedad de su gabinete de Física y de Historia Natural: Sánchez lleva toda su actividad y celo á la casa hospicio, en donde, merced á las nuevas industrias (1) que establece, tiene el consuelo de convertir en artesanos instruidos y de valiosa utilidad para la Pátria á muchos infelices que sin pan, sin techo y sin familia, estaban destinados tal vez á engrosar las filas del crimen. ¿Serían inútiles tan nobles lecciones? De ningun modo. «No siempre cuenta un pueblo, un siglo, una ciencia con hombres superiores, dice el ilustre heredero de la elo-

(1) Una fábrica de mantelería y otra de cintas. En el Hospicio se hilaba y tegía la lana para los vestidos de los asilados.

cuencia de Lacordaire, pero cuando aparecen, todos acuden á sus luces y escuchan su voz y la verdad progresiva» (1). Esos hombres, por lo tanto, constituyen el núcleo de una lucida falange, y animan á sus conciudadanos á competir en desinterés y desprendimiento. Y en verdad, cuanto de ilustre encerraba la Galicia de aquella época, cuanto de inteligente y de buena intencion existía, los que simbolizaban el pasado y sus glorias, los que eran la esperanza del porvenir: el clero, en una palabra, la nobleza y el pueblo, todos se agrupan al rededor de la Sociedad Económica, que enarbola el estandarte de la caridad cristiana, arca santa á donde acuden todos los buenos gallegos para librarse del naufragio que amaga al país y centro de reunion

(1) Didon: Les allemands cap. XVIII, I, 233.

en donde se abrazan exclamando: «¡Oh! qué dulce y consolador es el habitar aquí todos los hermanos» (1). Nunca brilló para la regeneracion de Galicia aurora más bella, ni apareció para sus hijos tan clara la nocion del deber, como bajo la direccion de esos ilustres patricios que buscan el bienestar del país sin menoscabo de sus tradiciones, proponen las mejoras sin ofender las costumbres, y llevan á cabo las reformas sin destruir la substancialidad de lo reformable. Mas ¿voy á detallaros minuciosamente todos los beneficios que se debieron á la Económica? ¿Os hablaré de la repoblacion de los bosques, de sus afanes por la aclimatacion y el cultivo de nuevas especies, cuya semilla reparte gratuitamente? ¿Diré algo de la proteccion concedida

(1) Salm. 112, 1.

á los particulares y á la industria y sobre todo á la pequeña industria? (1) ¡Ah! no, que sería difusa mi tarea y no he de repetir lo que sabéis hasta la saciedad. Todo lo grande y lo bello que puede concebir el amor pátrio brotaba entónces espontáneamente en la imaginacion de aquellos varones entusiastas: desde la canalizacion (2) de los rios hasta la fundacion de un colegio de Nobles que convirtiese á Santiago en el opulentísimo centro de la region gallega.

(1) D. Matías Perez Rincon, Cura Párroco de San Pelayo de Carreira, estableció premios para estimular el cultivo del cáñamo, en cuya empresa se vió auxiliado por la Económica que tomó en arriendo los terrenos, en que se hizo el experimento. Este mismo Párroco benemérito trató de proteger la cría del gusano de seda, lo que antes habia ya intentado el monje Bernardo D. Antonio Suarez, escribiendo sobre el asunto una curiosa memoria.

(2) Se proyectaba la canalizacion del Miño para facilitar la exportacion de los vinos del Rivero, sobre lo que escribió el Sr. Sánchez una memoria. Este pensamiento con relacion al Sar era ya antiguo y propio de un eminente Prelado de esta Diócesis.

VII.

Y ¿por qué no se realizaron entonces tan nobles y levantados proyectos? ¿Cómo se desvanecieron en flor tantas esperanzas? ¡Ah! permitidme, amados oyentes míos, que tienda un tupido velo sobre el deplorable vacío que presentan los anales de la Sociedad en esa época: dejadme que aparte de allí la vista: no he de deciros, no, lo que vislumbro en el fondo de esa oscuridad misteriosa: ciérrense antes mis labios. Deploro como gallego los acontecimientos que inutilizaron la influencia benéfica de la caridad y ante los que enmudeció la lengua del que enseñaba y se agostó el amor que engendran las buenas acciones. Lo cierto es que vinieron los días de tribulación, las horas de desaliento y muy

presto fué un hecho la soledad en que dejaron á la Económica aún los que más la habían amado y protegido. Nada con tanta exactitud puede retrataros su situación en estas circunstancias como las proféticas palabras del hijo del Helcias. Todos los que la glorificaban la despreciaron y ella gimiendo se volvió hácia atrás (1). Murió en efecto como la hermosa Doncella en los mejores días de su vida, pues aún no habían pasado tres lustros y era como si no hubiese sido. Mas ¿qué he dicho? ¿Morir? no es exacto: durmióse aletargada, ó de otro modo, como el Fénix de la antigüedad renació de sus cenizas. Nunca mueren los buenos principios á pesar del ódio de sus eternos adversarios: desgajaránse las ramas del árbol sacudidas por el hur-

(1) Thren 1, 8.

can: secará tambien el tronco que cae despues á los golpes del leñador; mas no os dé cuidado que de sus frescas raices brotarán nuevos retoños, y cuando menos lo penseis aparecerá otra vez el árbol más hermoso y lozano. Ved ahí lo que sucedió. El celo religioso y patriótico de tan ilustres varones debía trasmitirse á la posteridad: sus huesos debían reverdecer en el corazon de la Económica, en donde con sus retratos reposa indeleble su recuerdo, y teneis explicado el entusiasmo de los vivos que hoy evoca el recuerdo de los muertos. Nunca el Señor abandona á los suyos, y siempre protege á los que conservan vivo en su corazon el amor al prójimo y á las glorias pátrias. Así es que despues de forzados eclipses y tentativas ineficaces preparaba nuevos dias

y nuevos triunfos á una institucion tan popular como benéfica (1). No hago historia en este momento y no he de hablaros por lo mismo ni de sus vigorosas manifestaciones en años pasados (2), ni de su vida próspera en la actualidad (3). Todos sabeis que como la luz colocada en el candelabro difunde sus rayos y reparte pródiga sus bienes á cuantos los demandan á su puerta: bien sabeis que fiel depositaria de las economías del trabajo, prepara al honrado obrero y al modesto artesano una vejez libre de los azares de la mi-

(1) En 1814 quiso reanudar sus tareas; pero no pudo: en 1821 volvió á reunirse pero cesó en el 23 constituyéndose de nuevo en el 1834.

(2) Merced á sus esfuerzos y eficaz iniciativa, Santiago fué la primera poblacion de Galicia que escuchó el silbido de la locomotora. En los años 1858 y 1875 celebró exposiciones regionales y en el 1881 un certámen de artes y oficios.

(3) Sostiene escuelas de francés, inglés, alemán, dibujo, música, modelado, teneduría de libros, artes y oficios, corte y labores para mujeres y la dominical de instruccion primaria para adultos, en las que se cuentan muy cerca de 800 inscripciones.

seria (1) y cuantas lágrimas enjuga, llevando el pan al seno de la familia menesterosa, que sin su auxilio sería víctima de la usura. Todo esto os demuestra que purificada en el crisol de la lucha y de la contradicción, salió de la prueba más radiante y más pura realizando así el bello ideal de sus fundadores. Todo esto os demuestra que entraña un principio eminentemente cristiano y que su actual Dirección y sus socios, entre los cuales tengo el honor de contarme como el más indigno, estamos convencidos de que solo al genio del Cristianismo es dado civilizar á los pueblos y conducirlos incólumes al través de los grandes problemas sociales, hasta el legítimo cumplimiento de sus fines. Esta convicción aquí nos trae

(1) Lo mismo la Caja de Ahorros que el Monte de Piedad son debidos á los esfuerzos de la Económica.

en haz apretado y á los piés del Altísimo, nos obliga á exclamar: «Señor, pues el triunfo es cierto, hénos aquí que venimos á que santifiqueis esta obra de caridad y de amor, acogiendo en vuestra gloria á los que fueron sus dichosos iniciadores y alentando con vuestra bendicion á los que la continuamos en el tiempo presente.»

VIII.

Voy á concluir, amados oyentes míos, que no quisiera molestaros. Ya veis con cuánta razon os decía que vuestra presencia en este templo era debida al recuerdo de las virtudes cristianas. Y en efecto, ninguna más excelente que la Caridad cuando es el resúmen y el término á donde todas se dirigen. Ella es la magestuosa Reina, que teniendo

por trono el corazón del mismo Dios, todo lo llena con sus resplandores, todo lo domina con su influjo. Si el que tiene caridad posee al mismo Dios (1) sabido es que los Fundadores de la Sociedad Económica eran sus amigos, cuando al emprender las mejoras del país no llevaban otro objeto que el cumplir los preceptos de esa virtud tan amable. Murieron, pues, bajo la sombra protectora de la Cruz. ¡Benditos los que así mueren porque esta muerte es el principio de una vida eternal, que lejos de inspirarnos terror debe alegrarnos por el contrario! Y en verdad, esta consideración nos anima á dormir tranquilamente en sus brazos como en los del Angel que ha de conducirnos á la presencia de nuestro Dios bondadoso. ¡Benditos los que

(1) S. Bas. Hom. de Ira.

así mueren y reverdezcan sus huesos en el lugar en donde moran! *Sit memoria illorum...* Tratemos, nosotros, de imitarlos y al pedir hoy al Dios de las misericordias por el eterno descanso de todos los socios difuntos, tengamos en cuenta los ejemplos que nos han dejado como provechosas enseñanzas de caridad hácia el prójimo, de amor entrañable á la pátria, de respeto y cariño á la Religion de nuestros mayores. Sigamos sus caminos para que la Sociedad Económica no se aparte jamás de su verdadero objeto, para que siempre cumpla los fines de sus fundadores, como hoy felizmente los cumple. ¡Sombras ilustres de los Sanchez y de los Páramos! ¡Venerables patricios! Todos los que al calor del sentimiento religioso abrigásteis los más acendrados afectos de engrandeci-

miento al país. ¡Nobles y levantados tipos de la hidalgura cívica y de la caridad cristiana! erguid por un momento las frentes, dejad el frío silencio de los sepulcros y venid á contemplar vuestra obra. Ved cómo el espíritu que os animó á emprender su regeneración sin apartaros de los principios religiosos vive en vuestros sucesores. Ved cómo marchan intrépidamente por la senda que les habeis trazado. Al recordar vuestra memoria con esta función fúnebre celebrando el primer centenario de la Sociedad os demuestran que si son buenos gallegos son á la vez buenos católicos, pues no olvidan que el misterio más consolador del Catolicismo constituye el blason de sus armas. Están, pues, cumplidos vuestros afanes. Sea con vosotros la paz del Señor, y descansen vuestras al-

mas en su seno amoroso, como suponemos piadosamente que estarán descansando. Mas si así no fuese ¡Dios Santo! si como hombres llenos por lo mismo de imperfecciones y de faltas estuviesen aún purgando sus culpas, compadeceos de ellos y por el amor de vuestro Santísimo Hijo, por la Sangre preciosa del Cordero sin mancha que acaba de inmolar en vuestras aras el eminente Purpurado, el insigne Pastor de esta Diócesis, llevadlos á reposar de sus fatigas en la gloria que teneis prometida á los Santos y haced que brille para ellos la luz eternal. *Requiescant in pace.* Amen.

